

cumplirás como debes con el sagrado ministerio que el Señor te ha confiado.

CAPÍTULO XXI.

De la obligacion de guardar castidad que tiene el subdiácono ú ordenado de mayores.

Comunmente hablando, el hombre es libre de seguir el estado de matrimonio ó el estado de celibato. Pero cuando ha tomado el estado de matrimonio y ha consumado este Sacramento, ya no puede volver atrás; ya no puede cortar ese lazo sino con la tijera de la muerte; ya no puede el hombre separar lo que Dios ha unido. *Quod Deus conjunxit, homo non separet.*

Cuando el hombre toma el rumbo opuesto y sigue el estado de celibato ó continencia; y por lo tanto ha hecho profesion religiosa, ó ha recibido el sagrado orden del subdiaconado, ya no puede volver atrás; por esto el Prelado tan detenidamente se lo ha advertido y hecho presente, y le ha dicho: *Que considerase atentamente la carga que espontáneamente apetecia, haciéndole saber que perpétuamente habia de guardar castidad.* No obstante estas advertencias y amonestaciones, el ordenando ha aceptado y recibido el subdiaconado con esta obligacion de guardar perpétuamente castidad, y por lo tanto está obligado á guardarla; por manera que aunque no hubiera otro motivo que este, ya seria suficiente para que el subdiácono se tuviese por completa y perpétuamente obligado á guardar castidad. Mas como los halagos del mundo en que ha de vivir el

eclesiástico son grandes, los atractivos poderosos, las pasiones violentas, y el demonio no cesa de estimular y poner tentaciones, y como si él fuera poco se vale de los protestantes y otros sectarios del error, que guiados por los lascivos, impúdicos y lujuriosos sacrilegos Lutero y Calvino, son enemigos del casto celibato de los eclesiásticos católicos, hemos pensado poner aquí algunas razones, á fin de que te sirvan de escudo con que podrás defenderte de los dardos que todos tus enemigos te disparen, y así te conserves casto, que es lo que te exhortamos, como lo exhortaba el apóstol san Pablo á su amado discípulo Timoteo: *Teipsum castum custodi* ¹.

Empezaremos por la preciosidad de la virtud de la castidad; pero ¿qué dirémos de ella para ponderarla debidamente, cuando el Espiritu Santo nos dice: *No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler á una alma casta* ². Vale mas que la plata y oro, mas que las perlas y brillantes, mas que la salud, ciencias y honores, mas que todo lo terreno. Pues ya que no hay cosa que pueda equivaler á una alma casta, ni hay palabras para poder explicar lo hermoso y precioso de esa virtud, dínos tú misma ¿quién eres? Y ella nos dice: «Yo soy una virtud divina; soy un atributo de la Divinidad; y el mismo Dios se precia de ser llamado vírgen y casto. Con mi librea «vistió sus criados los Angeles en el momento «que los crió: yo fui el adorno preciosísimo de «los padres del linaje humano, Adán y Eva, en «el tiempo que Dios les puso en este mundo;

¹ I Tim. v, 22. — ² Eccli. xxvi, 20.

«y aunque pecando estos infelices perdieron la
«gracia y las virtudes infusas por sí y por toda
«su descendencia, como yo gozo de un fuero di-
«vino nada pudo conmigo el pecado, y á pesar
«de tan grande naufragio, en que casi desapa-
«reció todo lo bueno que tenían, yo me conser-
«vé en ellos, y me conservo hasta que volun-
«tariamente quieren perderme, ó que les veo
«cometer alguna torpeza; entonces sí que huyo
«con la rapidez del rayo, porque es tanto el hor-
«ror que me inspiran los deshonestos é inmun-
«dos, que prefiero habitar con los demonios, que
«no pecaron de impureza, que con las personas
«lascivas.»

Y para que no pienses, amadísimo seminarista, que son excesivos y apasionados los elogios que se tributa á sí misma, fija tus ojos en el seno del mismo Dios, cuya esencia es virginal, y verás que en él está la fuente altísima, el origen de toda la pureza y virginidad que tienen los Angeles en el cielo, y pueden tener los hombres en la tierra. El Padre eterno es padre porque tiene la gloria de engendrar al Hijo, pero lo engendra sin concurso de madre, virginalmente, y con sola su eterna y fecundísima inteligencia. Y si es gloria del Padre el engendrar virginalmente al Hijo entre los resplandores de los Santos, también es gloria del Hijo el ser engendrado eterna y virginalmente por el Padre; y es gloria del Espíritu Santo el ser el amor virginal, puro, casto, eterno y personal, que procede del Padre y del Hijo. Por eso decía san Gregorio Nazianceno: Que la virgen mas soberana es la veneran-

da, inefable y sacrosanta Trinidad: *Prima Trinitas virgo est.*

El pecado de nuestros padres habia desterrado casi enteramente de la tierra la virginidad, á lo menos la perdian generalmente los hombres al llegar á cierta edad; y ofuscados los ojos de los hijos de Adán con las tinieblas de la culpa, no descubrian ya su belleza, y habian enteramente olvidado su origen celestial. Por esto fue preciso que bajase el mismo Dios para mostrársela de nuevo; y al tomar carne humana y hacerse el Redentor del linaje humano, no la toma en una mujer, sino en el seno purísimo de una virgen, de la que nace á los nueve meses en Belén, sin el menor detrimento de la virginidad de María, su Madre santísima. Es verdad que para esto es preciso trastornar las leyes mas constantes de la naturaleza y multiplicar los portentos, mas no importa; se trata de la virginidad, y el Dios de la pureza no quiere encarnar sino en el seno de la pureza, ni vivir encerrado nueve meses sino en el santuario de la virginidad; no quiere tener madre temporal que no sea virgen antes del parto, en el parto y despues del parto; y lejos de menoscabarle en nada su pureza naciendo de ella, no hizo mas que consagrarla, como en honor de María canta la Iglesia: *Cujus virginitatem non minuit, sed sacravit.* Quiere tener un hombre que le figurase padre en la persona de san José; mas fue preciso que fuese virgen, como lo es el Padre eterno, que es su Padre propio y natural. Si escoge y quiere ir en medio de dos grandes Santos adornados con el nombre de Juan, el uno para precursor y el otro para se-

cretario y apóstol de su amor, y para confiarle la custodia de su Virgen Madre, ambos debieron ser vírgenes. Y, finalmente, si en el cielo forma un coro privilegiado y como una guardia de honor que le siga por doquiera que vaya, todos sus numerosos escuadrones han de formarse de solos vírgenes, únicos á quienes es lícito cantar el misterioso y nuevo cántico, y únicos que irán adornados con la blanca aureola en premio de tan noble y angelical virtud.

Aunque no dudo, amadísimo seminarista, que el aprecio que hace Jesucristo de la virginidad te bastaria ya para que formases una grande idea de su excelencia, como te supongo muy devoto de la Virgen por antonomasia, María santísima, quiero manifestarte tambien el sumo aprecio que hizo de ella la Señora. Ya desde niña habia consagrado á Dios su virginidad cuando fue presentada al templo, y al contraer matrimonio con san José se habia asegurado de los propósitos de este, y que en un legitimo matrimonio podria presentar siempre á Dios este fragantísimo lirio. Pero escúchala en la conversacion que tiene con el Arcángel cuando este le anuncia que ha de ser la Madre del Hijo de Dios. *Quomodo fiet istud?* le dice; como si dijera: Yo estoy resuelta á guardar á Dios la entrega de mi virginidad á costa de cualquier sacrificio, y aunque tuviera que renunciar á la mayor fortuna, y aun á la dignidad excelsa y en algun modo infinita de ser Madre de Dios.

Ya hemos dicho que el Señor, para manifestarnos la estima que hace de la santa virginidad, va formando con los vírgenes su guardia de ho-

nor, pues en el cielo son los vírgenes los que siguen de mas cerca al Cordero sin mancilla nuestro Señor Jesucristo. Y de aquí inferirás cuán oportunamente ha dispuesto la Iglesia que los jóvenes que han de formar su guardia de honor y le han de acompañar siempre, como son los eclesiásticos, sean vírgenes ó castos á toda prueba.

Mas los vírgenes ya en este mundo son como los Angeles de Dios en el cielo, y aun mas en cierto modo, como observa san Juan Crisóstomo; porque si los Angeles no se casan ni cometen pecados carnales no es extraño, pues que siendo puros espíritus no sienten los estímulos de la carne, ni se conmueven con el aspecto de las cosas corporales; pero que los hombres, revestidos de un cuerpo de carne y sangre, que se sienten aguijoneados, segun dice de sí san Pablo, de los estímulos de la concupiscencia, y que se hallan rodeados de lazos y precipicios, y no obstante se conserven puros y angelicales, es una maravilla, un prodigio de la gracia, es un continuo sacrificio y un perenne martirio. ¡Oh! no hay palabras para expresar su mérito, ni elogios bastantes para encomiarlo.

La virginidad y pureza era el ornato principal con que se habian de distinguir los fervorosos servidores del Señor en la ley de gracia; no obstante quiso el Señor en la ley antigua darnos algun destello de esta riquísima joya, y ennoblecer con ella algunos de sus amigos, como lo vemos en Josué, que fue vírgen, y era el destinado á representar á Jesús; pues que así como él condujo al pueblo hebreo á la tierra de Promission, Jesús los conduciria á la tierra de los vi-

vientes, que es la gloria del cielo. Elías fue virgen y gran profeta, que con su oracion cerraba y abria los cielos; hacia bajar fuego del cielo, que devoró por dos veces á quinientos hombres cada vez: tan grande era su poder, que no solo quitaba la vida á los vivos, sino daba la vida á los muertos y los resucitaba: era extraordinario el celo que tenia de la gloria de Dios, y su gran caridad con el prójimo. Asistió á la transfiguracion de Jesús, y se presentará al fin del mundo. Eliseo, discípulo de Elías, tambien fue virgen, en quien quedó la plenitud del espíritu de su maestro, al cual mientras vivió no le arredró príncipe alguno para dejar de obrar lo recto y decir la verdad, ni nadie fue mas poderoso que él, dice la santa Escritura ¹. Durante su vida obró prodigios, y en su muerte hizo cosas admirables, y aun despues de muerto su cuerpo hizo milagros. Jeremías, gran profeta, hijo del sacerdote Helcias, fue virgen por precepto especial de Dios, que le mandó terminantemente: *No tomarás mujer, y no tendrás hijos ni hijas* ². Trabajó siempre con mucho fervor en la salud de sus conciudadanos, por cuya razon se le dió el hermoso nombre de amante de sus hermanos y del pueblo de Israel ³; y por último murió víctima de su celo, pues fue apedreado por los mismos judíos en Tafnis, ciudad principal de Egipto. Virgen fue Daniel, y fue librado de los leones. Virgenes fueron tambien Ananías, Azarias y Misael, y fueron librados de las llamas del horno de Babilonia.

¹ Eccli. XLVIII, 13. — ² Jerem. XVI, 2. — ³ II Mach. XV, 14.

He querido, amadísimo seminarista, traer aqui estos personajes del Antiguo Testamento como testimonios irrefragables de la verdad del celibato en algunos de los ministros del Señor aun en el Antiguo Testamento, á fin de poder echar un mentís á la cara de los protestantes, que se atreven á censurar la disciplina de la Iglesia católica, que manda á los que quieren ser ordenados de mayores hayan de guardar castidad; disciplina santa, que se apoya no solo en estos personajes del Antiguo Testamento, sino tambien en el Nuevo, como ahora diremos.

Jesucristo nuestro divino Salvador, maestro y modelo que debemos escuchar y seguir, despues de haber dicho: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios* ¹, en otro lugar dice: Hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que lo fueron por los hombres; y eunucos hay por amor del reino de los cielos con el voto de castidad. Quien se sienta capaz de esta resolucion, tómela ². Y cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó esposa, hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces mas en bienes mas sólidos, y poseerá despues la vida eterna. Si el que viene á mí no está dispuesto á dejar á su padre, á su madre, á su esposa, á sus hijos, á sus hermanos, á sus hermanas y su propia vida, no puede ser mi discípulo ³. Tal es, en efecto, el sacrificio que los Apóstoles se vieron obligados á hacer; ó permanecieron en el celibato los que eran célibes, ó

¹ Matth. V, 8. — ² Id. XIX, 11, 29. — ³ Luc. XIV, 26.

todo lo abandonaron los que eran casados, para entregarse á la oracion y predicacion del Evangelio y á los trabajos del apostolado.

San Pablo decia á los de Corinto : A la verdad me alegrara que todos fuérais célibes como yo ; mas cada uno tiene de Dios su don , quién de una manera , quién de otra. Mas si no tienen don de castidad , que se casen ; pues más vale casarse que abrasarse ¹, aquí en este mundo con el fuego de lujuria , y allá en el infierno con el fuego eterno é inextinguible. Yo deseo que vivais sin inquietudes ni cuidados. El que no tiene mujer , anda únicamente solícito de las cosas del Señor , y en lo que ha de hacer para agradar á Dios. Al contrario , el que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo , y en cómo ha de agradar á la mujer , y así se halla dividido.

En vano , amadísimo seminarista , han dicho los protestantes y los incrédulos que Jesucristo , los Apóstoles y la Iglesia católica habian envilecido el matrimonio , y habian ahuyentado á los hombres de casarse. No hay tal. Jesucristo no envileció el matrimonio ; al contrario , lo purificó de la poligamia , lo elevó á su primitivo estado de un solo hombre con una sola mujer y hasta la muerte , y lo santificó con un Sacramento especial ; queriendo además que significase su union con la Iglesia. Los Apóstoles tampoco envilecieron el matrimonio ; lo que hicieron fue condenar á los herejes que le consideraban como un estado impuro , y por cierto que es bien distinto envilecer el matrimonio que hacer ver que

¹ I Cor. vii.

el estado de celibato ó continencia es mas perfecto y mas propio para los ministros del Señor.

Es esto tan natural , que se observa que todos los pueblos antiguos asociaron una idea de perfeccion al estado de continencia , y juzgaron que este estado convenia principalmente á los hombres consagrados al culto de la Divinidad ; egipcios , persas , indios , griegos , tracios , romanos , gacios , peruvianos , venecianos , filósofos , discípulos de Pitágoras y de Platon , Ciceron y Sócrates , todos convinieron en este punto. Todo el mundo sabe las prerogativas que los romanos concedian á las vestales ; no es , pues , de admirar que los fundadores del Cristianismo hayan rectificado y consagrado esta misma idea. A pesar de la alta sabiduría que se glorian tener los impuros é incrédulos modernos , presumimos que la opinion de los antiguos estaria mejor fundada que la suya.

En consecuencia de lo que hemos dicho hasta aquí , ya no extrañarás , amadísimo seminarista , que la Iglesia haya dado tan justas como sábias providencias para que los ministros ordenados *in sacris* sean célibes y guarden perfecta y perpétua castidad , como lo vemos mandado por diferentes Concilios y Sumos Pontífices. El canon 26 de los Apóstoles no permitia mas que á los lectores y cantores tomar esposas. Semejantes disposiciones dieron los concilios de Neocesarea y de Nicea. Es verdad que en un principio no hallaban tantos sujetos célibes , como necesitaban para ministros del Señor , y así que cuando hallaban á uno que fuese sábio y virtuoso , aunque casado , le ordenaban , pero habia de guardar

perpétua continencia : mas nadie se casó despues de ordenado. Esta ley del celibato clerical se halla no solo en la Iglesia de Oriente sino tambien en la de Occidente, pues la hallamos en el cánon 33 del concilio de Elvira, año de 300 ; por el concilio de Toledo año de 400 ; por los de Cartago, Orange, Arles, Tours, Agda, Orleans, etc.

Inocencio III mandó : Que nadie fuese ordenado que no fuese vírgen ó de muy probada castidad ; y que si alguno tuviese alguna fragilidad, quedase enteramente privado de la dignidad. Lo mismo se lee en el cánon *Pervenit*, dist. 50 que dice : *Qui post acceptum sacrum ordinem lapsus in peccatum carnis fuerit, sacro ordine ita careat, ut ad altaris ministerium non accedat.*

Y en el cánon *Presbyter*, dist. 82, está marcada la penitencia, pues dice : Si algun sacerdote cometiese algun pecado torpe, debe hacer diez años de penitencia, de esta manera : En los tres primeros meses dormirá en el duro suelo, enteramente incomunicado sin poder hablar con nadie, y aun privado de la comunión : despues de estos tres meses pasará año y medio ayunando á pan y agua ; y los ocho años y tres meses restantes ayunará á pan y agua tres dias en la semana.

Nadie se debe quejar de esta ni de otras penitencias que tenga á bien imponer la Iglesia, ya que ella no obliga á nadie á entrar en el estado eclesiástico ; por el contrario, exige pruebas y toma todas las precauciones posibles para asegurarse de la vocación y de la virtud de los que aspiran á él. Los que contraen este empeño sagrado lo hacen por eleccion y con todo conoci-

miento, y en una edad en que el hombre puede conocer sus fuerzas y su temperamento, mucho tiempo despues de la época en que es hábil para contraer matrimonio. Si hay vocaciones falsas proviene de la avaricia y ambición de los seglares, y no de la disciplina eclesiástica.

Cuando un jóven toma el estado eclesiástico con verdadera vocacion, tiene dos ventajas muy grandes que por sí solas le hacen casto : la primera es la gracia de la vocacion con los auxilios que están anejos á ella, segun dicen los teólogos : *Unicuique datur gratia secundum id ad quod eligitur* ; y la segunda ventaja es que las ocupaciones de su santo ministerio le absorben de tal manera el tiempo, que no tiene lugar para pecar ; pues el eclesiástico de verdadera vocacion y que está animado del buen espíritu se aplica al estudio, á la oracion, cuida del aseo del templo, administra los santos Sacramentos, catequiza, predica, instruye pública y privadamente, *opportune et importune*, como encarga el Apóstol : él es el padre de los pobres, de las viudas, de los huérfanos, de los niños abandonados ; él es el repartidor de las limosnas, el administrador de los establecimientos de caridad, el amparo de los desgraciados, el alivio de los enfermos y el consuelo de los moribundos ; él es el Angel de paz de las familias, todo lo compone, todo lo mitiga y remedia. Ahora bien, un hombre así ocupado, ni tiene tentaciones, ni se acuerda que sea hombre ; es mas Angel que hombre, y como Angel vive, y como Angel es tenido de la gente. Por manera que un verdadero eclesiástico debe ser y es un Angel, ya por lo que mira al servicio de Dios, como hemos

dicho, ya tambien por lo que mira al servicio del prójimo, y por lo mismo debe estar adornado de la virtud angelical de la castidad; y de tal manera está la gente en esta conviccion, que todos, buenos y malos exigen que el eclesiástico sea casto: aunque tenga otros defectos se le disimularán mas ó menos; pero los defectos contra la castidad no lo pueden sufrir, no lo saben disimular, ni pueden respetar al clérigo deshonesto. Si, lo decimos y lo diremos una y mil veces: el eclesiástico ha de ser casto, ha de ser célibe, pues que si es casado no merece respeto, ni infunde confianza. Estamos convencidos de esto por la conducta de los griegos respecto de sus papas casados, y de los protestantes respecto de sus ministros, que los desprecian, los burlan, se rien de su mujer y de sus hijos, y siempre les repugnan, y estos mismos ministros protestantes, como ven que nosotros los católicos somos célibes, les irrita, les avergüenza, les hace hablar y decir mil disparates, porque no somos casados como ellos. Pero tú, amado seminarista, no hagas caso; consérvate en la persuasion de que el sacerdote católico debe ser célibe y no casado, por dos razones: la primera es por la santidad de nuestro ministerio; y la segunda, porque así lo exige nuestra misma mision, que hemos de llenar sobre la tierra. Somos llamados Angeles, y así como los Angeles del cielo no se casan, así nosotros no debemos ser casados; debemos imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que así vivió, y que así nos enseñó y nos exigió la guarda de la castidad; debemos ser santos de alma y cuerpo, y esto se consigue con la fiel guarda de la casti-

dad; debemos estar enteramente y siempre consagrados al servicio de Dios en cuerpo y alma, y solo los célibes lo pueden hacer con perfeccion. Hemos dicho tambien que la mision sacerdotal lo exigia así, ya que la mision del sacerdote católico es espiritual y no carnal: él es llamado padre, pero padre, espiritual y no carnal, que engendra sus hijos por la predicacion del santo Evangelio, como decia el Apóstol: *Per Evangelium ego vos genui*¹, y tambien por la administracion de los santos Sacramentos; los cria por las obras de caridad, y los nutre con su santo celo: por manera que el sacerdote, si fuese casado, seria como una paloma sin alas, que andaria siempre por casa, pero no saldria de ella, porque el cuidado de su familia le absorberia toda su atencion; para ella negociaria, para ella atesoraria... como lo hace el ministro protestante casado...

Cuando al sacerdote católico, no casado, nada le detiene en los arranques de su celo: él vuela como cándida paloma al cumplimiento de su sagrado ministerio, y solo se detiene en aquellas cosas que son del agrado del Padre celestial, como lo enseñó y practicó Jesucristo. Si el sacerdote católico fuese casado, ¿cómo podria dejar á su esposa y familia para asistir á los extraños? ¿Cómo podria este sacerdote pastor dar la vida por las ovejas, como dice Jesucristo, como lo hacen los buenos sacerdotes en tiempo de pestes y en otras ocasiones peligrosas, de dia, de noche; de lluvia, de frio y de calor, expues-

¹ I Cor. iv, 15.

tos á mil enfermedades y á la muerte misma? ¡ Ah, que el temor de dejar á la esposa viuda y sus hijos huérfanos le detendrian, y no se entregaria á su ministerio! Por tanto concluirémos, amado seminarista, con afirmar que el sacerdote católico debe ser célibe, debe ser casto por mil razones: por la excelencia de la virtud de la castidad; por la santidad que debe tener el ministro del Señor, que ha de tratar cosas tan santas; por el ejemplo que nos han dado de esa virtud Jesucristo, María santísima, los profetas Elías, Eliseo y Jeremías, y los Apóstoles, singularmente san Juan; por los elogios que han hecho los santos Padres; san Cipriano, san Efren, san Basilio, san Jerónimo, san Ambrosio y casi todos los santos Padres dicen lo mismo; y Orígenes dice: Que esa virtud para el sacerdote es el *ante omnia*. *Ante omnia sacerdos, qui divinis assistit altaribus, castitate debet accingi*. Y santo Tomás de Villanueva dice: *Sit humilis sacerdos, sit devotus; si non est castus, nihil est*. Además debe ser casto por obediencia, porque así está mandado por la Iglesia en sus sagrados cánones; debe finalmente ser casto por justicia, porque así se ha obligado libre y voluntariamente al recibir el subdiaconado; y tambien porque así se ha comprometido con todos los fieles en ser casto en su ministerio, y por esto vemos que si alguno se olvida de tan santo y sagrado deber todos se quejan, todos se lamentan; y así terminaremos con el consejo del Apóstol á su discípulo Timoteo: *Te ipsum castum custodi. Conservate casto*.

CAPÍTULO XXII.

De los medios de que te has de valer para conservarte casto.

MEDIO 1.º *Es vocacion á este estado*: y entiendo que si Dios te llama al estado eclesiástico él te dará la gracia de la castidad, como la dió á san Agustín, no obstante de haber tenido antes sus fragilidades.

MEDIO 2.º *Huir de las ocasiones y peligros de pecar*. Debes recordar que llevas ese rico tesoro en vaso frágil, y que vives en medio de un mundo lleno de lazos y peligros, y por lo tanto es indispensable que vivas con grande temor; y así debes *huir de los peligros: Sola fuga est remedium*.

MEDIO 3.º *Huye de las mujeres*. Con ellas te portarás como con las almas del purgatorio, que se les hace el bien que se puede sin que uno se quemé con sus llamas de fuego. No te detengas con ellas por buenas que sean, porque naturalmente te comunicarian calor, pues que ellas sin pensar hacen como el fuego, que comunica el calor á lo que se arrima. Si alguna vez has de hablar con ellas, acuérdate de esta máxima: *Sermo rigidus, et brevis cum muliere est habendus, et oculos humi dejectos habe*. Acuérdate que Adán, Sansón, David y Salomón pecaron por las mujeres.

MEDIO 4.º *Anda siempre á la presencia de Dios*. Y así te conservarás casto, como el patriarca José, el abad Pafnufio, etc. Dime: de-

lante de tu padre, de tu Prelado, ¿te atreverías á cometer una maldad? Seguro que no; pues piensa que Dios por su inmensidad está allí presente. ¿Y delante de Dios te atreverás á pecar?

MEDIO 5.º *Es el santo temor de Dios.* Al principio que se estableció en España la Compañía de Jesús era tanta la admiracion y pasmo que causaban aquellos Padres por su rara castidad, á pesar de ser tan jóvenes, que corria la voz de que traian encima una yerba que les conservaba castos. Y como hubiese esto llegado á oídos del rey, que lo era entonces D. Felipe II, para cerciorarse de la verdad preguntó al P. Araoz: «Hanme dicho que los Padres de la Compañía traen consigo una yerba que tiene la virtud de conservar la castidad.—Verdad han dicho á V. M., dijo el P. Araoz.—¿Qué yerba es, por vida vuestra?—Señor, la yerba que los de la Compañía traen para conservar la castidad es el santo temor de Dios nuestro Señor; ese es el que hace este milagro, porque tiene la virtud de hacer huir los demonios, como el hígado del pez de Tobías echado sobre las brasas.» Pues ya ves, amado seminarista: sé temeroso de Dios, nó solo con el temor servil, sino tambien con el temor filial, y así te protegerá y librárá Dios; porque escrito está: *Timentí Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberabit à malis*¹. Al que teme al Señor nada malo le sucederá, antes bien en la tentacion Dios le guardará y librárá de males.

MEDIO 6.º *Es la oracion.* Ya sabrás que la

¹ Eccli. xxxiii, 1.

castidad es un don de Dios, y por tanto se debe orar para alcanzarlo, y se debe orar para conservarlo. Las mismas tentaciones han de ser estímulos y despertadores para acudir á Dios, y pedirle auxilios para no caer, y hacer cada vez mas firmes propósitos de morir antes que consentir al pecado.

MEDIO 7.º *Es la frecuencia de Sacramentos.* La confesion ó sacramento de la Penitencia perdona los pecados cometidos, preserva de caer en lo sucesivo, ya por la gracia que causa, ya tambien porque descubriendo al confesor las tentaciones se desbaratan las celadas del enemigo; y así confiésate con frecuencia, con el mismo confesor siempre, y descúbrele sencillamente tu interior, sin ocultarle cosa alguna, ni pecados, ni tentaciones. Comulga con humildad, devocion y fervor, y verás qué fuerzas tan grandes sacarás para vencer las tentaciones.

MEDIO 8.º *Es la devocion á María.* Para todo nos ayuda María santísima, pero singularmente para conservar la castidad, que es la virtud que tanto ha amado siempre; á ella, pues, has de acudir, á ella has de invocar, á esta estrella has de mirar, como dice san Bernardo.

MEDIO 9.º *Es la ocupacion.* Es uno de los remedios mas poderosos, al paso que la ociosidad es la madre y maestra de los vicios, singularmente de la impureza. Y como dice san Agustín: por la ociosidad se enciende la lujuria; por la ociosidad se anima la soberbia, se sube á la vanagloria; por la ociosidad se viene en deseos de comidas y bebidas regaladas, de vestidos lujosos; por la ociosidad se duerme demasiado;

por la ociosidad se pasa á la murmuracion ; y concluye diciendo : jamás será ciudadano del cielo el que amare la ociosidad. ¡ Ay, amado seminarista ! huye de la ociosidad , porque ella es la seductora y lazo contra la castidad ; es la madre de la ignorancia , la noche del ingenio , el destierro de la virtud , la hospedería de los vicios. La ociosidad te conduciría por calles y plazas á visitas inútiles , y quizás peligrosas. Ocupate útilmente en el estudio , en tu santo ministerio , y en el adorno y aseo del templo y ornamentos sagrados. Ten una regla de vida , y haz todas las cosas á su debido tiempo en cuanto esté de tu parte.

MEDIO 10. *Es la mortificacion.* Algunos preguntan por qué las aguas del mar se conservan siempre limpias ; y dicen que es por el movimiento que tienen , y porque están saladas y amargas. Así , aplicando esto á nuestro intento , digo : que si quieres , como debes , conservarte limpio , procura tener movimiento ú ocupacion , y además procura la sal y amargura de la mortificacion interna y externa. Es tan necesaria la mortificacion para conservarse uno casto , como es necesaria la sal para conservar la carne y el pescado. La castidad la llaman á *castigando* , porque conviene castigar ó mortificar la carne y sus pasiones , vicios y concupiscencias.

MEDIO 11. *Es andar siempre con hábitos talarés.* Los antiguos filósofos morales á la pureza la llamaron castidad , tomando su etimología del fruto del castaño , que va cubierto de una corteza erizada ; y así decian : *Fructum castum cutis aspera servat* ; la corteza áspera y erizada guar-

da y conserva el fruto casto. La castaña tiene tres cortezas : una erizada , la segunda oscura y muy compacta , con que cubre todo el fruto , y la tercera es una telita con que viste todo el interior. Esas tres cortezas te dicen los hábitos ó vestidos que debes llevar si te quieres conservar casto , á saber : manto y sombrero de teja , sotana y alzacuello , y vestido interior. Dios ha dado la sotana al clérigo para que se conserve casto , como la corteza á la fruta para conservarse. ¿ Qué sería de la naranja , del melon y de la sandía si se les quitara la cáscara ? Seguro que el aire las corromperia ; otro tanto hace el aire del mundo á los clérigos que se quitan la sotana ; los corrompe completamente : y así no dejes jamás los hábitos talarés. Quizás dirás que solo los dejas en verano , porque tienes calor ; piensa que mas calor tendrás en el infierno , á donde irás á parar por los pecados mortales que de esto se seguirán ; como dirémos en el capítulo siguiente. Por ahora solo te exhortamos á que vistas siempre los santos hábitos , y que practiques los demás medios que te hemos insinuado ; y te damos palabra que te conservarás casto como debes.

CAPÍTULO XXIII.

De la obligacion de llevar hábitos talarés.

Al tratar de la tonsura hemos dicho que el llevar hábitos talarés era un privilegio ; en el capítulo anterior hemos hecho ver que era un medio poderoso para guardar la castidad ; mas en el presente capítulo decimos y probarémos